

A la fatiga de la guerra sucedió la fatiga de la paz.

Tratábase ahora de cumplir, sin olvidar un ápice, cuanto se les tenía ofrecido.

Tratábase de no dar á los indígenas el mínimo pretexto, ya no para nuevo alzamiento, pero ni aun para el menor disgusto.

Desde luego la Comisión de Fomento, á las órdenes del Coronel García Peña, empezó á repartir y titular las tierras.

A cada familia se concedió, por cada adulto, cuatro hectáreas y media, y por cada menor media hectárea.

Entregábase á cada jefe de familia su fracción deslindada y su perfecto título de propiedad.

Se daban á los indios que venían á empadronarse animales domésticos, útiles de labranza, semillas, etc.

Reinaba la paz, la tranquilidad y á poco la abundancia en los antes fugitivos y famélicos habitantes.

El Valle del Yaqui se trocó en país de Jauja, llegando á empadronarse, por millares, indios que abandonando los centros á donde los llevó el temor de la guerra, volvían ahora á las inolvidables vegas del Río.

La Comisión científica tituló más de seis mil predios.

Tal fué la complacencia del General Torres con los Yaquis, que se enajenó algunas voluntades.

Diferencia por terrenos entre un indio y un «Yori» era siempre fallada á favor del primero.

Entre muchos ejemplos citaré á los Sres. D. Julián Cuevas, D. Abelardo Martínez, de Tórin y Yépez Hermanos, de Pótam y todos los vecinos de Cócorit y Bahacum, que tenían terrenos en las márgenes del Río.

A estos caballeros se les despojó de predios cultivados y acotados con cercas de alambre para darlas á los indios que los reclamaban como suyos, antes de la sublevación.

Y téngase presente que en los tratados se estipuló que se repartirían á los indígenas solamente aquellos terrenos «que estuviesen desocupados.»

El Estado indemnizó á todos los propietarios por semejante motivo despojados.

Ciertamente era grato el espectáculo que ofrecían estos campos, antes devastados por la guerra, ahora poblados, fértiles y cultivados.

No era sólo el buen trato, la protección material y la justicia que se les impartía lo único que á los indígenas se otorgaba.

Entre dos resortes se tocó el de la Religión.

Hay un factor importantísimo en esta guerra: la mujer. Ya diré cómo funciona; pero atento el General Torres á peligro tan trascendental, favoreció la venida de hermanas Josefinas, para la educación de las pequeñas Yaquis.

A las señoras más distinguidas de la sociedad se encomendó el vestir convenientemente las imágenes veneradas en las capillas de los pueblos del Valle, substituyendo trajes decorosos y apropiados á los chillones y chavacanos que las cubrían.

Altísima dama de la capital de la República donó á los Yaquis ornamentos, casullas y otros objetos del culto.

El Visitador apostólico, Monseñor Averardi, les escribió, exhortándoles á que continuasen su obra de paz y prosiguiesen sometidos al Supremo Gobierno.

El Presidente de la República les escribió igualmente, y en términos sentidos y paternales les estimulaba á conservar la paz, ofreciéndoles todas las prerrogativas, derechos y protección que están al alcance del Supremo Gobierno.

En fin, cuanto recurso era humanamente posible tocar para conmovir y convencer á los indios, tanto se extremó para domesticar la fiera.

Fenómeno curioso. De los indios que volvieron á ocupar el Río, el noventa por ciento habían pasado años practicando la vida civilizada en las poblaciones del Estado.

Llegando al Yaqui, substituyeron, de grado, su delicioso café por pinole. Su botín por el huarache y ellas, sus mujeres, guardaron en el fondo del liacho, sedas, encajes y medias, volviendo felices al pie desnudo y al primitivo traje.

La indumentaria de los niños quedó reducida á su más simple expresión.

El señor General Torres me ha dicho: «Cuando veía yo, al caer la tarde, una casita rústica, con su cortina de plantas trepadoras, sacos de trigo ó maíz en su sitio, rumiando los bueyes en el establo, trepando las gallinas á sus dormitorios, balando las cabras junto al paciente y trabajador pollino. Cuando la esposa preparaba la comida de su hombre, próximo á llegar del campo y las muchachas regaban flores, no podía menos de exclamar satisfecho: ¡Vaya, esta familia para siempre ha quedado conquistada!»

Por su parte, el señor General Díaz escribía al Sr. General Torres:

«No se pare usted en gastos. No debemos estar tranquilos hasta que veamos á cada indio con su garrocha en la mano, tras su yunta de bueyes, roturando los campos.»

Pues también este ideal del Presidente de la República estaba logrado.

Alguna vez dijeron los indios que, en efecto, poseían tierras para la labranza; pero les faltaban para la cría de ganado.

El General Torres consultó el caso con el señor Presidente, y los indios, además de sus repartimientos para el cultivo, obtuvieron sitios para la cría de ganado. Se les ocurrió á los indios, que unas salinas darían ocupación y provecho á muchos de la tribu y el General Torres solicitó, y el señor Presidente se aprestó á conceder á los indios la explotación gratuita de las ricas y fáciles salinas de Huirivís y Belem.

El mismo señor Torres predicaba sin cesar á los indígenas:

«No crean ustedes que las parcelas que ahora se les han entregado, son lo único que les dará el Supremo Gobierno. Venga uno de ustedes, dígame:—Señor, tengo hijos. Nos falta tierra para cultivarla:—y tendrán la que necesiten; pero ahora, viendo que apenas alcanzan á cultivar la décima parte de lo que poseen, deben convenir en que tienen más de lo que basta para cubrir sus necesidades.»

Había entre los guerreros que se sometieron en Ortiz, un joven inteligente, que hablaba correctamente el castellano, discreto en el consejo y de meritísima fama como valiente y esforzado: José Loreto Villa. El fué el héroe de los más rudos combates y denodado campeón del Yaqui.

El General Torres, conocedor de su valer, puso especial empeño en atraerle á la causa del Supremo Gobierno y fué nombrado Comandante de tropas auxiliares.

Creyó conveniente el General Torres que una diputación Yaqui, nombrada por ellos mismos en asamblea general, fuere á la capital de la República para que, conociendo el poderío del Supremo Gobierno, viniera á difundir entre los suyos el respeto á las autoridades supremas y les infiltrase la idea de cuán absurdo era pretender luchar contra el Poder Público.

Fueron electos Loreto Villa é Hilario Amarillas.

Provistos de recursos para el viaje, les acompañó como mentor el sacerdote D. Fernando Beltrán, quien tan valiosa ayuda prestó al General Torres en la obra de civilización de los Yaquis.

El Primer Magistrado de la nación recibió á los delegados bondadosamente, hablándoles en términos que los dejaron altamente impresionados y satisfechos.

Por su orden se les mostró cuanto era conveniente vieses, para hacerles comprender el poder del Supremo Gobierno.

Villa quedó tan intensamente impresionado, que, después de hacer la propaganda de sus nuevas ideas, ha seguido la conducta que adelante habré de señalar.

Según términos precisos de las convenciones de Ortiz, el General Torres se obligaba á suministrar animales y víveres, «á lo menos por dos meses.» Esta suministración duró dos años.

El General Torres se obligó á proveer de víveres á los cuatrocientos combatientes indultados el 15 de Mayo; pero extendió su liberalidad, interpretando la mente del señor General Díaz, á los miles de Yaquis que se presentaron á la sombra benéfica de la oliva de la Paz.

La Administración del General Torres era, en cuanto se refiere á los Yaquis, sencillamente patriarcal.

Llegaba un indio: «Señor, dame cincuenta pesos para comprar aquél caballo.»

Una mujer: «Dame 10 pesos para un rebozo.»

Una muchacha: «Dame para zapatos.»

Una madre: «Dame dinero para ir á ver á mi hijo á Hermosillo.»

Y así, sin cesar, una lluvia de peticiones extrañas sin que se diese caso de que saliera disgustado un peticionario.

El General Torres, cuidadoso de evitar que alguna vez dijese los Yaquis que habían sido por él tiranizados, hízoles presentes las válvulas de seguridad que en cualquier conflicto darían libre expansión á la expresión de sus agravios.

Les manifestó que él no era soberano. Que para administrarles justicia, si de él no la obtenían, estaba el Gobernador del Estado, y que si de este funcionario tampoco alcanzaban lo que creían merecer, acudiesen directamente al Presidente de la República.

Hízoles comprender que personalmente si querían, por correo si lo juzgaban oportuno, ó por telégrafo, cuyo funcionamiento explicó, podían dirigir sus representaciones á las autoridades mencionadas.

Con perfecta beatitud terminó el año de 1897 y transcurrió el 98.

Sólo dos hombres no se equivocaban respecto del porvenir, sólo dos hombres presentían ó casi veían la perfidia de los indios: verdad es que son dos hombres superiores: el General Porfirio Díaz y el General Lorenzo Torres. El primero escribía al General Don Luis Torres:

«Ojalá y se realicen todos los buenos deseos de usted y no dejemos á nuestros pósteros una mina que estalle cuando menos lo esperen.»

El segundo le decía:

«Te obedezco y te sigo ¡ojalá los indios Yaquis comprendan su propio bien y correspondan á tus bondades, pero temo un desastre en el que quizás lo menos que suceda sea que nos hundamos tú y yo!»

Ya las tropas habían evacuado el Yaqui, quedando solamente en guarnición los Batallones 11.º, 12.º y 5.º Regimiento de caballería, casi un cuadro.

Vamos á sondear los bajos fondos sobre los que la paz irradiaba sus vívidos y fecundos rayos, recordando la feliz hora de Octavio.

Factor de primera magnitud para el sostenimiento de la guerra han sido los ancianos y las mujeres de la tribu.

El papel de las mujeres en esta campaña es tremendo.

Educativo con el niño, impulsivo con el hombre.

Nace el niño, y sus primeros vagidos son acallados con esta frase: «Te come el Yori.»

En los hogares, para sosegar á los párvulos, no se recurre al diablo, ni al coco, ni al muerto. El espantazo es el «Yori.»

Cuando la luz de la razón clarea ostensiblemente en los cerebros de los pequeños Yaquis el terror ilimitado que les inspira el Yori, comienza para la madre otra labor: transformación del terror en odio.

Entonces da principio la instrucción maternal.

«Los Yoris son los enemigos de nuestra raza, nos odian y desean nuestra extinción.»

«A los hombres y mujeres los matan y se comen á los niños.»

«A tu padre le mataron los Yoris; á tu abuelo le mataron los Yoris, á mi madre la mataron los Yoris y se comieron á tu hermanito.»

«¡Mata á los Yoris, hijo, si no quieres que me maten y te coman á ti!»

Inútil es significar el alcance y resultados de semejantes amonestaciones, diariamente repetidas.

Entre mil, tomo dos ejemplos de actualidad, para poner en relieve al niño Yaqui.

Después de un combate sostenido por la columna del Coronel Cándara el 20 del pasado Abril, se capturaron varios prisioneros, entre ellos una india con su hijo, un pequeño de diez años.

Continuó su marcha la columna y el indito caminaba sin sombrero, á los rayos de un sol abrasador. Movido á compasión el Mayor José B. Barroeta, ordenó á un soldado que cubriese al chico con un sombrero que llevaba de repuesto.

Sintió el niño aquél obsequio, é irguiéndose, lanzando al Mayor una mirada de odio, arrojó el sombrero con ira á los pies de su caballo.

Pasando un convoy de prisioneros por la Pitahaya, el joven Francisco Lagarde, Jefe de la oficina telegráfica, pidió al Sr. General Torres, permiso para recoger un indito de ocho años de edad y buena presencia, que con los prisioneros marchaba.

El General concedió lo que pedía, siempre que el niño y sus deudos otorgasen su consentimiento.

A poco telegrafió el interesado participando: «Que apenas el niño entendió que se trataba de retenerle, descubrió un pequeño puñal que llevaba oculto y se puso en guardia para agredir al telegrafista, quien, en vista de esta actitud, declinaba el ofrecimiento.»

Estos son los lobeznos Yaquis.

La labor de la mujer es otra, respecto al hombre.

«Nosotras, les dicen, queremos participar de sus riesgos y fatigas.»

«No queremos ver más Yoris que los muertos á sus manos.»

Y con energía, á veces superior á la del hombre, aceptan con ira reconcentrada hambres, fatigas y privaciones de toda especie.

¡Ay del combatiente cuya entereza sienten que decae!

Le injurian, le afrentan, le llaman cobarde y le piden las armas para combatir en lugar suyo.

Ya hacía tiempo que se había procurado viniese al Yaqui, el Presbítero Don Fernando Beltrán.

Después de la paz de Ortiz, se hicieron venir hermanas Josefinas, como queda explicado. Se establecieron en el pueblo de Baácum.

El Presbítero Beltrán, ya conocido de los indios, presentó á las hermanas con la solemnidad debida, á cuyo efecto convocó á las mujeres de la tribu, pronunciando una alocución, en la cual manifestaba: cómo aquellas señoritas, acostumbradas á la tranquila vida de centros civilizados, donde solían vivir con toda comodidad y regalo que ellas quisieran permitirse, habían venido á esta apartada región voluntariamente y con evangélico alborozo, á fin de cultivar la inteligencia de las pequeñas Yaquis, educarlas en las buenas costumbres, etc. . . .

Una anciana que oía la plática, lloraba silenciosamente.

El Padre Beltrán le interrogó sobre la causa de su pena.

Quiso guardar silencio, pero la tormenta que agitaba su alma, al fin la hizo estallar.

«Sin duda, exclamó, se nos prepara un gran castigo.»

«Ahora sí, creo que Dios ha dispuesto la extinción de nuestra raza.»

Pidiéndole que se explicara, por tan extrañas palabras, dijo así:

«¡Cómo no creerlo, si aquí tenemos estas mujeres Yoris, oímos este discurso y no podemos ahogarlas con nuestras manos, arrancarles el corazón y beberles la sangre.»

En toda reunión pública, en toda ocasión solemne, como en la intimidad del hogar, siempre y sin cesar, con la tenacidad característica en su raza, los ancianos en plena paz, tenían este lenguaje:

«Si hay Yoris en el Yaqui, si huímos por las montañas, si ustedes, señalando á las mujeres y niños, tienen hambre, si nosotros, los ancianos, fallecemos de inanición, si nuestra raza es perseguida como las fieras, muriéndonos de sol en el verano, sucumbiendo de frío en el invierno, es debido á nuestros hombres: cobardes, cobardes, cobardes.»

«Cuando nosotros, los ahora ancianos, teníamos sangre ardiente en las venas, cuando éramos jóvenes, no existía un sólo Yori en el Yaqui.»

«Ahora somos viejos, ahora somos impotentes y ustedes, que debían ampararnos, nos abandonan en poder de los Yoris. Cobardes, cobardes.»

Este es parte del himno á la guerra, entonado á diario por todos los ámbitos del Yaqui, cuyo canto fructifica en terreno admirablemente preparado.

Y como el hecho es rigurosamente histórico, como en efecto, antes de ahora, nunca hubo Yoris en el Yaqui, los nativos, ignorantes de nuestra Historia Patria, no tienen elementos intelectuales para aplicar el método de variaciones concomitantes y explicarse porqué ahora, su tenaz resistencia no ha sido coronada por la victoria, como en los pasados gloriosos tiempos que sus ancianos recuerdan tristemente.

Estos sempiternos discursos, son la gota de agua que taladra los más delicados y altivos sentimientos de la raza Yaqui.

En el citado pueblo de Baácum, notó el Padre Beltrán, que el temastían de la Iglesia, especie de bedel ó sacristán, no obedecía con esmero las órdenes que el sacerdote prescribía.

Después de amonestarle varias veces, cierto día le replicó el temastían: Te diré la verdad. Tú, aquí, sales sobrando. Puedes irte.»

«El culto á nuestros santos, nosotros lo hacemos, sin necesitarte á tí. Para eso tenemos nuestros «mestros.» Ellos con sus liturgias nos rezan y nos hacen las funciones religiosas. Lo que para ellos colectamos, no te lo hemos de dar, nosotros lo distribuiremos.»

«Cuando queremos que se bautice un niño, lo llevamos á donde haya un sacerdote.»

«Si alguien está en artículo de muerte y desea auxilios espirituales, ó hacemos venir un sacerdote ó los «mestros» con los sacramentos nuestros, lo auxilian y mueren los enfermos tranquilos y satisfechos.»

«Ya ves que para nada te necesitamos: Véte.»

Todo lo expuesto manifiesta claramente que en la tribu Yaqui, aunque sometida, existía la materia prima para una nueva rebelión.

El General Torres, infatigable en su tarea de no despertar al león, reunía con frecuencia á los principales Jefes de la tribu y departía con ellos, procurando investigar algún motivo de queja ó descontento, para aplicar en seguida el correctivo, haciéndoles presente que, si les ofreció como cien, les daba como quinientos.

Nunca se quejaron los Yaquis.

Siempre afirmaban que se había cumplido, respecto á ellos, lo pactado, reconociéndose obligados á la generosidad del Sr. General Torres y terminaban reproduciendo sus protestas de adhesión, lealtad y agradecimiento hacia el Supremo Gobierno y el del Estado, siendo éste, género de literatura en el que son muy aventajados «Tetabiate» y sus compañeros.

El General en Jefe enviaba por los pueblos á Maldonado, al leal é inteligente Villa, á Julián Espinosa y algunos otros para que investigasen el estado de ánimo en que se encontraban los habitantes, regresando siempre con noticias satisfactorias.

Hacia el principio del año de mil ochocientos noventa y nueve, empezaron á circular, á la sordina, no sé qué rumores de disgusto, alzamiento, etc.

El General Torres congregó á los Jefes de los pueblos, los exhortó á que produjesen sus agravios y unánimes contestaron que, en efecto, no tenían nada de qué quejarse.

Entonces, como otras veces, el Sr. General les conjuraba á que fuesen entre los suyos, á difundir sus ideas respecto á la bondad, generosidad y justicia, que informaban todos los actos del Jefe de la Zona, como representantes del Gobierno Supremo y del Gobierno del Estado.

Así lo hicieron y los habitantes de cada pueblo, congregados para el caso, hubieron de convenir en que, en efecto, ningún Yaqui tenía motivos de queja y todos los tenían de agradecimiento.

Ya unánimes en este criterio, se oía una voz, de un anciano generalmente, preguntando:

«Todo está muy bien; ¿Pero cuándo se van los Yoris?»

A estas palabras, todo aquel sistema tan laboriosamente trabajado, agrupado con tantas penas, pulido y afinado «como una esfera de marfil, lista á correr sobre la mesa del billar», según frase del General Torres, venía por tierra inmediatamente.

Se olvidaban dones, beneficios y garantías.

Sólo una idea inspiraba á aquellos fanáticos:

«Fuera los Yoris.»

Estas escenas, más de una vez, se repitieron.

Cierta ocasión, regresando los emisarios de sus expediciones indagatorias, dieron cuenta al General, de que todo estaba tranquilo.

Llegó su turno á Loretó Villa, quien participó igualmente que nada alarmante había notado.

Hizo tal afirmación con cierta timidez ó displicencia que llamó la atención al General en Jefe.

Interrogado Villa, contestó:

«General: no vengo contento, estoy triste.

«En la reunión los parientes, así se llaman los Yaquis entre sí, noté síntomas de disgusto.

«Un anciano me dijo: No está bien que derriben nuestros mezquites. Ellos nos dan nuestro alimento.

«Entonces manifesté que donde se derribaba un mezquital, se cultivaba el trigo y que el pan es más bueno y nutritivo que el fruto del mezquite.

«Me replicó: Además nos quitan nuestros baluartes. Detrás de los mezquites, somos invencibles.

«Yo indiqué que ya no pelearíamos, pues, por gracia de Dios, estábamos en paz.

«Sentenciosamente dijo un interlocutor: ¡Quién sabe!

«Manifesté que los tiempos habían pasado. Que ahora era otra época y existen otras condiciones, siendo delirio, pretender pelear. Que el Gobierno era tan fuerte que podría poner un soldado tras cada mezquite y un destacamento en cada aguaje. Que todo está cambiado.

«Díjome el anciano: Nada hay cambiado. Ahora nos persignamos con la misma mano que siempre nos hemos persignado.»

Estas palabras contienen una revelación.

Los acontecimientos continuaron con síntomas tan alarmantes, de tal manera se manifestaban altaneros los indios de Báhacum, que fué indispensable tomar una resolución enérgica.

Congregó el General en Jefe á los Capitanes de los demás pueblos y manifestó: que las in:olencias y demasías de los de Báhacum, habían agotado la paciencia del Supremo Gobierno.

Que él, bien sabía lo que tenía que hacer; pero deseaba conocer su opinión, que tratasen el punto libremente y le llamasen cuando hubieren ultimado una resolución.

Después de discutir, propusieron al General que Maldonado, á la cabeza de las fuerzas que estaban á sus órdenes, iría á desarmar á los de Báhacum y traer presos á los Jefes más inquietos: El Jopo, Plumas blancas, etc.

Bien pareció al General este acuerdo, y procedieron á ejecutarlo Maldonado, Villa y Julián Espinoza, la trinidad directora de los Yaquis.

El 17 de Julio 1899 recibió el Jefe de la Zona, el siguiente parte:

«Campamento de Báhacum.—Guardia Nacional.

«En cumplimiento dado del Cuartel General, hoy tengo la honra de darle parte á Ud. que el Sr. Gobernador Ignacio Mori y el Sr. Capitán Cresencio Jopo y Plumas blancas y Juez de Campo Jesús López: Están cumpliendo con las órdenes dadas: Del Cuartel General: Hoy este día, an entregado 22 armas que han recojido á los indígenas de este pueblo: y en atención fijo sobre el trabajo que se ha hecho además de los tres se han agarrado otros dos más de manera que de tres se pasan á cinco por lo consiguiente se trata sobre la misma operación para adelante.

«Es cuanto lo que le noticio sin otro particular.

«Su afmo. y S. S.

«El Comandante General.—Juan Maldonado.

«Al Sr. General en Jefe de la 1.^a Zona, Don Luis E. Torres Tórin.»

El General Torres quedó satisfecho de la manera como se ejecutaban sus órdenes, comunicando á Maldonado que no regresase sin aprehender á todos los culpables.

El 29 comunicó Maldonado que había mandado comisiones de sus tropas en persecución de algunos prófugos; que en volviendo esas fuerzas, regresaría á Tórin.

Júzguese cuál sería la sorpresa del General en Jefe, al recibir carta de Villa, el día 21, comunicándole, que mientras él almorzaba tranquilamente, se habían sublevado las tropas Yaquis y hecho fuego sobre los auxiliares de Cócorit.

Sorprendió la asonada á Villa sin tener una arma y solo, sin medir el peligro, fué á arrojar sobre los rebeldes, siendo arrastrado á viva fuerza fuera del teatro de los sucesos por el Capitán Ignacio Mávita y soldado Luis Espinoza.

A otro día, recibió el General Torres este insolente, mentiroso é hipócrita cartel, remitido de Vicam:

«Sr. General Don Luis E. Torres: Quieren saber los ocho pueblos qué dice Ud. de lo que sucedió ayer como á las nueve de la mañana en el pueblo de Báhacum.

«Declaramos á Ud. que fueron por las buenas á quitar las armas que había quitado Loreto Villa, 66 armas, y al habernos hecho fuego Carlos Romero nosotros nos defendimos. Nosotros no íbamos á pelear con los federales pero salieron con Julián Espinoza y nos obligaron á pelear.

«Díganos ahora: lo que queremos es que salgan los blancos y las tropas. Si salen por las

buenas, entonces hay paz; sino entonces declaramos la guerra. Porque la paz que firmamos en Ortiz, fué con la condición de que se fueran tropas y blancos y eso todavía no lo cumplen; al contrario, en lugar de cumplirlo fueron á quitar las armas. De suerte que ahora son ustedes del todo el negocio, y nosotros no tendremos la culpa de todas las desgracias que haya.

«Los ocho pueblos del Yaqui.»

No es cierto, según inquisiciones posteriores, que alguien hiciese fuego sobre los rebeldes, como hipócritamente aseguran. Ellos, conforme á plan largamente meditado, mataron alevosamente y de primera intención, á los auxiliares de Cócorit, á quienes nominalmente, uno por uno, y escogiéndolos entre los más antiguos y leales servidores del Gobierno, había hecho venir allí, traidoramente Maldonado.

Faltan á la verdad afirmando que en la paz de Ortiz se estipulase la salida de las tropas é individuos de la raza blanca.

El documento relativo, inserto en páginas anteriores, demuestra que se trató de una manera absoluta é incondicional, la sumisión al Supremo Gobierno.

En este alzamiento hay dos hechos muy sugestivos.

Primero: Buscando los sublevados pretexto ó causas justificantes de su reprobada conducta, no se atreven á señalar el más ligero agravió, la más ligera injusticia, la más leve ofensa.

Es claro, ya he manifestado el lujo de justificación y de bondad con ellos desplegado.

Segundo: En veinte y cuatro horas, miles de hombres, mujeres y niños, toda la tribu, estaban en armas contra el Gobierno, desde Cócorit hasta el Médano, es decir, en toda la extensión del Río, por ambas márgenes, donde no había destacamentos de tropas federales.

El 21 se sublevaron en Báhacum y el 22 en la mañana asesinaron alevosamente en Vicam, al joven Lorenzo Torres, sobrino del General del mismo nombre y á Hilario Amarillas, uno de sus delegados á México, conocido y agasajado por el Presidente de la República.

El movimiento no fué intempestivo. Fué con mucha madurez preparado por los Yaquis.

Pues bien, entre aquellos millares de seres humanos, para quienes el General Torres había sido paternal y ultrabeneficio, no se encontró un pecho agradecido que le insinuase piadosamente una frase, una palabra que le pusiese en guardia, respecto á la agresión que, en contra suya, tan alevosamente meditaban.

Digo mal. Hubo un corazón generoso: Loreto Villa.

Comunicó al General, sus funestos presagios. Le participó cuanto antes el desastre y vino á combatir valientemente á su lado.

Si los indios no hubiesen festinado su movimiento sedicioso, ¡quién sabe qué horrores hubiera presenciado el Yaqui!

El Cuartel General se encontró de pronto, en circunstancias críticas de la más alta gravedad.

Los dos años de paz fueron aprovechados por los Yaquis, preparándose á su satisfacción para la lucha; ensilando sus cosechas y municionándose abundantemente.

Mientras las tropas federales han disparado medio millón de cartuchos, ¿qué cantidad habrán consumido los indios?

Es el caso de hacer notar que, según manifesté en las primeras páginas, la tribu Yaqui está infiltrada en el organismo del Estado.

Sin los Yaquis el problema económico de Sonora se modificaría profundamente, llegando de todo lo expuesto, á estas proposiciones:

Primera: Los Yaquis que habitan centros industriales, agrícolas, comerciales ó mineros,